

RUBÉN DARÍO

Canto épico a las glorias de Chile

Premiado en el Certamen Varela

*Al Excmo. señor don José Manuel
Balmaceda*

SEÑOR: Si algo puede valer este canto a las glorias heroicas de Chile, mi segunda patria, acéptelo usted como un homenaje al hombre ilustre, y como un recuerdo al padre de uno de mis mejores amigos.

R. D.

¡Oh Patria! ¡Oh Chile! pues que altiva
[ostentas
tras de luchas sangrientas
tus victorias de paz por todas partes;
puesto que tus baluartes
brillan immaculados;
puestos que tras los choques de la guerra
tus bravías legiones de soldados
en fecundas tareas productoras
hieren la negra tierra
con sus corvos arados;
pues que tus naves de cortantes proras
llevan tu nombre a puertos dilatados;
puestos que bajo el cielo azul, inmenso,
te brindan como espléndido tesoro
las fábricas su incienso,
el mar sus aguas y los montes su oro;
puesto que los cañones
descanzan, y los bravos adalides;
puestos que escrita está en los corazones
la vasta historia de tus vastas lides;
puesto que tu bandera
flamea al sol, y el mundo americano
ve cuál cubre la erguida cordillera
y el profundo océano;
da ¡oh Patria! luz y aliento
para cantar tus glorias inmortales;
que ha llegado el momento
en que suenen al viento
los clarines sonoros y triunfales.

*

Los viejos griegos cuando audaz volvía,
líricamente erguido sobre el carro
de oro del triunfo, el vencedor bizarro,

en heroica alegría,
al eco de las arpas victoriosas,
ponían en su casco la guirnalda
de laurel, y la palma de esmeralda
al caballo de guerra
que iba pisando rosas
regadas por la tierra.
Si sucumbía en el feroz combate,
en los labios del vate
estaba la epopeya, y en el sacro
empuje del cincel, el simulacro.
Nosotros, los chilenos,
cual los viejos helenos,
dimos nuestras guirnaldas y canciones
a aquellos indomables batallones
que tornaron serenos
de luchar y vencer como leones,
y de salvar la patria como buenos.
Saludamos a Condell, cuando vino
bello como un dios joven y triunfante,
ciñéndole el destino
en la frente radiante
los lauros del guerrero y del marino.

*

¡Oh, y los rudos y bravos granaderos,
con sus velocidades
y sus arrojados fieros;
mitad centauros y mitad guerreros!
Fueron sus escuadrones tempestades
en medio de los campos forasteros,
con vuelo de huracán...! ¡Y qué hora
[aquella,

cuando en montes peruanos
dejó la media luna de su huella
el casco de los potros araucanos!
¡Y qué hora la sagrada de aquel día
en que, de las montañas y desiertos,
la gran caballería
volvió, y firmes y altivos
los que llegaron vivos
nos trajeron memorias de los muertos!
¿Qué voz chilena no bendice ufana
las banderas del Buin? ¿Quién no renom-
[bra

a Ramírez, que asombra
 en su muerte espartana?
 Y todos, los infantes,
 los leales caballeros,
 los audaces marinos,
 los que murieron antes
 que rendirse, los bravos artilleros,
 pechos adamantinos,
 que, cual Riquelme el fuerte,
 a las fijas miradas de la historia,
 penetran en la muerte
 saludando con salvas a la gloria.
 ¡Y Prat! . . . He aquí la cumbre;
 he aquí la sacra lumbre
 inmortal, la epopeya en el abismo,
 el valor soberano.

Leyenda de heroísmo
 sobre el hondo oceano,
 Prat resplandece, inspira.
 Implacable y soberbio, tuvo el sopro
 sagrado. A él entonces
 los trémulos bordones de la lira,
 y el himno que el escoplo
 arranca de los mármoles y bronce.

*

Arturo era el marino,
 Arturo era el guerrero
 humilde, que el destino
 tornara digno de la voz de Homero.
 No era el hercúleo y fuerte
 adalid de alta talla
 y músculos de acero;
 Antes noble garzón a quien la muerte
 en medio del fragor de la batalla
 convierte en coloso.
 La gloriosa bandera
 con su estrella de luces soberanas
 flota sobre el penol; el borrascoso
 ponto cruza ligera,
 y el tricolor de Chile va orgulloso
 en la barca de Arturo, mar afuera.

*

¡Oh, la vieja corbeta
 con sus velas al sol! Ave rendida
 que sobre la onda inquieta
 bajo la luz vibrante y encendida
 las alas desplegada al mar bravío.
 Brotaba de ella un sopro de victoria,
 sopro vasto del viejo poderío
 y de la antigua gloria;
 pues del viento al arrullo
 y al ronco son del trueno,
 aun sostenía en alto el santo orgullo
 del pabellón chileno.

Cuando en Iquique Prat halla la muerte
 el héroe se convierte
 en semidiós; el cielo constelado
 de la chilena gloria, se ilumina
 con luz del sol; el astro tiene su orto
 y surge immaculado.
 Cuando cayó la encina
 la floresta tembló. Pero cayendo
 el árbol, con estruendo,
 al mundo americano dejó absorto.
 ¡He aquí, pues, la suprema
 inspiración, el tema
 altísimo, la gloria
 más grande y pura en la chilena historia!

*

¡Oh, las antiguas arpas de los troncos
 de las inmensas selvas primitivas,
 cuerdas sonantes y bordones roncacos
 para músicas altas y expresivas!
 ¡Oh, el relámpago vivo y subitáneo
 que del hondo infinito se desprende,
 que el corazón enciende
 y que ilumina el cráneo!
 ¡Oh, los heroicos ritmos! ¡Oh, la nota
 y el estremecimiento de la lira!
 ¡Oh, el aliento de Dios que sólo flota
 sobre aquel escogido a quien inspira!
 ¡Oh, la expresión de las hercúleas razas
 y las himnicas pompas
 que con ruido de yelmos y corazas
 al son brotaron de las áureas trompas!
 Bajo el blanco fulgor del firmamento
 hoy resuenan al viento
 los clarines sonoros y triunfales.
 ¡Patria, canta mi acento
 la mayor de tus glorias inmortales!

I

Iquique despertaba. Era la hora
 de los primeros ecos de la tierra
 y los primeros himnos de la aurora.
 Dos navíos de guerra
 que llevan arboladas
 la bandera de Chile, al rumoreo
 del nuevo día, listos en la rada
 están para el bloqueo.
 Chile se alza, e inicia
 así las grandes luchas en que noble
 llevará como enseña la justicia.
 Contra enemigo doble
 envía sus ardientes escuadrones
 a los campos guerreros;
 y desplegando al viento sus pendones,
 aprestan sus cañones
 y se lanzan al mar sus marineros.

Esas dos naves que al nacer el día,
de Iquique en la bahía,
dora el reflejo pálido
de un sol de rayos tenues y dudosos,
son aquella *Esmeralda*,
vieja como un inválido
de los tiempos gloriosos,
y *Covadonga*, débil y pequeña,
más liviana y zahareña.
Esas dos naves solas
rigen dos capitanes
hechos a oír bajo sus pies las olas
y sobre sus cabezas huracanes.
¡Prat! ¡Condell! ¡Qué guerreros
para cantos de *Íliadas*
y estrofas de futuros romanceros!
Mas ¿por qué con mirada escrutadora
y contemplando el horizonte, alerta
están sobre cubierta
los marinos? Al brillo de la aurora
véñse llegar, terribles,
dos naves del Perú, *Huáscar*, primero,
el fuerte monitor, e *Independencia*;
ambos irresistibles,
con la enorme potencia
de su espolón de acero;
ambos colosos más que paladines,
ambos de férreos, poderosos cascos,
raudos como delfines,
duros como peñascos.

*

En tanto que los buques que ostentaban
la bandera chilena
sus armas aprestaban,
el *Huáscar* llega altivo. No resuena
aún la voz de sus cañones ruda.
Grau, del veloz navío
capitán, deja muda
la tempestad del bronce. Poner miedo
en los débiles piensa. ¡Miedo a aquellos
ciclópeos paladines,
transfigurados bellos
al clamoroso son de su clarines!
Por fin el *Huáscar* lanza
su primer cañonazo
a la vieja corbeta,
mientras Prat, que ilumina
con patriótico fuego y esperanza
a Condell, alma audaz, mente de atleta,
sobre la ola marina,
"Seguid mis aguas" a decirle alcanza
con el eco inmortal de su bocina.

*

Antes de comenzar la gran pelea,
Arturo habló a los suyos. De tal guisa

su faz era la faz de un dios homérico.
Su voz creció sonora y gigantea.
Sus cabellos tocados por la brisa
hacían de su espléndida cabeza
una cabeza heroica de inspirado.
Las cornetas marinas han sonado,
Arturo a hablar empieza:
"¡Muchachos! Desigual es la contienda,
mas nuestro pabellón nunca se ha arriado
delante el enemigo.
Ya la esperanza abrigo
de que hoy no sea la ocasión de hacerlo.
Mientras yo viva, os juro, esa bandera
flameará en su lugar, y si yo muero,
sabrán mis oficiales
cumplir con su deber". Brotó a raudales
en los pechos ardor. ¿Qué labio calla
si se desborda como inmenso río
el entusiasmo? El corazón estalla
en la gente chilena.
¡Viva Chile! gritó llena de brío,
al ruidoso chocar de la metralla
que en los aires resuena...
Había comenzado la batalla.

*

Delante el enemigo
los chilenos se miran en sus puestos.
Covadonga al abrigo
del pueblo que atalaya
la lucha desigual desde la playa;
Esmeralda en la liza. Así dispuestos
estaban los audaces.
A sus mil repetidas explosiones,
ya la vieja *Esmeralda* pierde, agota
su vigor; salta, brota
el agua a borbotones
por su caldera rota.
Lenta va. Puede aún de la ribera,
al lado de occidente,
cerca llegar. Se siente
resonar por doquiera
sordo rugir de tempestad; se escucha
el cañoneo de la inmensa lucha.
Es que empieza, magnífico,
bello, terrible, de grandeza homérica,
el combate más vasto que vio América
sobre las anchas olas del Pacífico.

*

Mientras que la *Esmeralda* respondía
con sus escasas fuerzas al ataque,
la débil *Covadonga* recibía
un grueso proyectil. A la rompientes
acercóse después, de la cercana
isla, que la veloz *Independencia*

venía con violencia,
ostentando sus fuegos imponentes,
pujante y soberana.
Y la *Esmeralda* entonces,
que apercebida estaba,
resistiendo del *Huáscar* a los bronce,
de su puesto estratégico lanzaba
certeros cañonazos;
mas, iban a caer a los agujeros
las granadas deshechas en pedazos
del navío al chocar en los blindajes.
El poderoso monitor, que yerra
los bruscos tiros que al chileno lanza,
con sus fuegos alcanza
a los suyos en tierra.
Y los de tierra, entonces, en su saña
a la *Esmeralda* viendo aún más fiera,
con seguros cañones de campaña
la atacaron también de la ribera.
Y la humeante corbeta resistía,
y en su cubierta, que era
incendio, se luchaba y se moría
al pie de la bandera.
Oculto el enemigo
ataca en tierra. La *Esmeralda* luego
avanza al norte, por quedar del fuego
de la costa al abrigo.
Un proyectil que vino
del *Huáscar* disparado,
alcanzóla rugiendo, en el camino,
y con fragor le destrozó el costado.
Retumbando el cañón a cada instante
y entre lluvias de fuego y de metralla,
al esplendor del cielo, áureo y brillante,
seguía la batalla.

I I

¡Y Prat! Vérselo pudo en el terrible
trance, siempre imposable,
la espada a la cintura, la marina
gorra cuyos galones
chispean a la luz, puesta de lado,
y la ronca bocina
en la diestra, inspirado
al áspero tronar de los cañones.

Había algo de olímpico en la altiva
frente de aquel soldado.

¿Sopló un viento sagrado
sobre aquella cabeza pensativa?
¿Bajó acaso de la alta
región, de la infinita
cumbre, la luz que exalta,
el soplo que los montes decapita,
el rayo que de hogueras divinales,
con fulgores intensos

va a encender los espíritus inmensos
de los heroicos hombres inmortales?

*

¡Sí! ... Pasó sobre Arturo
un ala apocalíptica y enorme.
Y tuvo la visión de lo futuro.
Vio, como entre una luz increada, informe,
el misterioso porvenir: la Historia
dando a su patria el lauro de victoria,
y señalando, en su imborrable juicio,
para él, el sacrificio,
para Chile, la gloria.

Vio a Latorre vengándole, el primero,
con el *Huáscar* en guerra,
y llevando a las playas de su tierra
encadenado al levitán de acero.

En San Francisco vio fuerzas hermanas
de los triunfos solemnes en las horas,
y dando al aire sus marciales dianas
las vibrantes cornetas vencedoras.
Vio en Pisagua los patrios pabellones
sublimes al rugir de los cañones.

Y vio a Vergara y su legión de sables
en sus caballos de orgullosa estampa,
vencer con sus tropeles formidables
en las sierras abruptas de Jaspampa.

Vio surgir al invicto Baquedano;
y aquel grupo de impávidos mineros
que, asaltando la cumbre inaccesible
en los Angeles, fueron, al peruano,
como invasión de cóndores ligeros,
de vuelo colosal e irresistible.

Vióle luego en el Alto de la Alianza
contra doble enemigo combatiendo,

*

dominante, al estruendo
del horrible clamor de la matanza.

Y a sus osadas huestes
en Arica elevar, sobre las rocas
de las cumbres agrestes
del Morro, sus enseñas;
tomar del enemigo los cañones;
y amordazar sus bocas
aventando en pedazos sus cureñas,
al son de las patrióticas canciones.

Vio de Lurín la hazaña;
del gran Pachacamac, junto a la ruina,

la bandera chilena, que domina,
flotar sobre las tiendas de campaña.

Y vio Morro Solar, San Juan, Chorrillos;
la sangre, el hierro, el fuego.

¡Y apareció Patricio Lynch! Y luego
llegó la santa hora
en que, en nombre de Chile bendecido,
recibiera la mano vencedora
la espada del vencido.

Y vio allá en Miraflores
a los chilenos, siempre vencedores.

‘Luego, ¿qué contempló? ... Su pecho late
en vivas conmociones;
en la oscura humareada del combate
halla el aire que ensancha sus pulmones.

¡Oh transfiguración! Mírase fuerte
al borde del profundo precipicio;
su patria será grande con su muerte,
y él se apronta al sublime sacrificio.

¡Vio que en triunfal desfile
entraba a Lima, la opulenta y bella,
el poderoso ejército de Chile;
La Victoria en las palmas de su carro
al llegar a los duros campamentos;
y al fin, izada por la vez tercera
sobre el regio palacio de Pizarro,
a las caricias de los cuatro vientos,
como un himno inmortal, nuestra
[bandera!...
Y la visión cesó.

III

Grau ha advertido
que el viejo barco a balas de cañones
no puede ser vencido.

Retrocedió. Las ígneas explosiones
cesaron. Pone ahora
a la *Esmeralda* la ferrada prora.

El agudo espolón en el empuje
de la rauda carrera
se ha hundido en el navío, y se abre y
[cruje
el casco de madera.

El tosco acero penetró en lo interno
de la vieja corbeta desgarrada,
como toro feroz que clava el cuerno
y el vientre rompe de la res cansada.

Entonces, ¡oh grandeza!
asido a la baranda, en la toldilla
inclinada, está Prat. ¡Ved! Algo brilla
ciñendo como un nimbo su cabeza.
Relampagueante brota
de sus ojos un algo de sublime:
llama que se comprime
y ardiendo salta de su cárcel rota.
Veía al *Huáscar* férreo, poderoso,
con su espolón clavado
en el débil costado
de su barco glorioso;
y así, resplandeciente de coraje,
lanzado por empuje sobrehumano,
lleno de augusto brillo,
gritando “¡Al abordaje!”
cayó sobre el castillo
del monitor peruano.

Fue salto de león que se acorralla,
con la ira y el rugido dentro el seno;
vuelo de cóndor que despliega el ala
y va a la nube que fulmina el trueno.

*

La voz del héroe se apagó en el crudo
resonar de la humeante batería.
Mas no está solo. Pudo
Aldea, el bravo Aldea,
acompañar a Prat, en aquel día,
en su hazaña grandiosa y gigantea.
Era el vivaz sargento
espíritu y aliento,
músculo y corazón; el soberano
compuesto que, al calor de nuestros soles,
aduna a sangre y nervios españoles
la médula del león del araucano.
Era el roto bravío,
pecho de caballero,
que pelea con brío
y sucumbe altanero.

Prat está sobre el *Huáscar*. La cubierta
del férreo monitor mira desierta;
y así avanza, atrevido,
la frente tempestuosa y admirable;
y blandiendo la espada, el brazo erguido,
como héroe apercebido
para la lucha sangrienta y formidable.
Pero, ¿con quién luchar? Nadie aquel reto
aceptó mano a mano y frente a frente,
ante el cielo y el mar. Y de repente
las balas de un blindado parapeto
arrancaron la vida del valiente.
De la luz meridiana a los fulgores,
el águila altanera
fusilaron así los cazadores,
trémulos de pavor en su trinchera.

Aldea, que a aquel grito
de ¡abordaje! saltó, firme y seguro,
siguiendo siempre al capitán Arturo,
se hundió también con él en lo infinito.

*

Muerto Prat, es Uribe quien el mando
del navío recibe,
mientras se sigue sin cesar luchando.
El arrogante Uribe
llamó a sus oficiales a consejo.
¡Todos piensan como él! Piensan que el

[viejo]

barco, en la hora postrera,
al poderoso vencedor confunda,
y ostentando en el tope su bandera
que se incendie o que se hunda.
Aún no habían tornado
a sus puestos los fieles campeones,
cuando el *Huáscar*, lanzado
al fogoso vigor de sus pulmones,
dio a la *Esmeralda* una segunda herida
con el recio espolón. A la embestida,
sintiendo hervir su sangre de chileno,
de Prat con el ejemplo sobrehumano,
saltó el audaz Serrano,
y murió como bueno
al abordar al monitor peruano.
Y quedó junto a Prat, todo sangriento,
cadáver de faz trágica y ceñuda.
como protesta muda
bajo el azul del hondo firmamento.

*

¡La *Esmeralda* se hundía!
Exhausta ya de fuerza y de soldados,
sólo de cuando en cuando respondía
del *Huáscar* a los tiros redoblados.
¡Qué cuadro! Por doquiera
sangre, muerte y horror. ¡No hay quien

[vacile!]

Todos persisten con audacia fiera
bajo el sagrado pabellón de Chile.
¡Ah, ved a Crispín Reyes, el impávido:
al bronce del corneta que ha caído,
presta su aliento, y ávido,
épicamente bello,
de venganza, pujante, enfurecido,
toca a plenos pulmones a degüello!
A aquel marino de alma extraordinaria
en profundos ardores encendida,
una bala contraria
le arrancó la corneta con la vida.
La *Esmeralda* se hundía,
deshecha y humeante,
y el monitor triunfante
cañoneaba el cadáver todavía.
Entonces fue cuando Riquelme, brazo
heroico, alma de luz, la muerte viendo,
hizo repercutir el ronco estruendo
del postrer cañonazo.
El horizonte límpido y sereno
puebla el eco sonoro, que retumba
como un último trueno
en el profundo seno
de un monte colosal que se derrumba.

*

El *Huáscar* se lanzó por vez tercera.
Y al golpe del acero áspero y frío
se sintió traquear la nave entera.
¡Por fin, se hundió el navío
que a Chile glorias sin iguales diera!
Primero el casco, fúnebre y sombrío,
y después, siempre al tope, la bandera.
En la región de las inmensas almas
debe haberse sentido en esas horas
como un ruido de palmas
y un despertar de auroras.
¡Oh, Patria! ¡Oh, Chile!... Así acabó,
[magnífico,
solemne, hermoso, de grandeza homérica,
sobre las anchas olas del Pacífico
el combate más vasto que vio América!